

Reencuentro con un joven creador que venció a la muerte

Un homenaje al poeta Rodrigo Lira se realizó en la SECh

Un Encuentro con Rodrigo Lira, el joven poeta que se quitó la vida a los 32 años, organizó la Sociedad de Escritores de Chile. Su poesía rupturista, producto de una personalidad contestataria, creció a partir de su muerte.

MAURA BRESCIA

La noticia de su muerte fue, casi, un testimonio poético. "Un poeta y un obrero se quitaron la vida", era el título.

Han transcurrido seis años desde que el poeta Rodrigo Lira Cangulhem se suicidó en su domicilio de avenida Grecia.

Su muerte no sorprendió a su generación, que se agrupaba en la Unión de Escritores Jóvenes; la adivinaban en los gestos histriónicos, en la soledad que pedía amor a gritos.

Como alud que crece en la caída, su obra poética no cayó en el olvido, cobrando más fuerza. Desde entonces ha sido recordado una y otra vez; por Eduardo Llanos, en *Desaparición de Rodrigo Lira*; por Jorge Montalegre, Juan Cameron y Paz Molina. Figura en las antologías *Poets of Chile*, de Steven White, y *Poesía chilena contemporánea*, editada por Andrés Bello en 1984.

En 1982 se editó su poema *Ella, Ella, She, Lei, Si*. Tres años después de su muerte, su primer libro, *Proyectos de obras completas*, prologado por Enrique Lihn.

Tránsito de liceos y colegios, pasó por la Escuela Militar, y vivió en Santiago y provincias. Devoraba las revistas de historietas, y jugaba a los tres, que él confeccionaba. A los

16, dedicó a un amor juvenil su primera poesía. Dos años después fue en viaje de estudios a Buenos Aires, de donde volvió solo, en camión.

Pasó por cuatro escuelas universitarias, antes de entrar a Liguística en el Pedagógico. Se interesó en Violeta Parra, cuyos discos tocaba una y otra vez.

Se integró a la editorial Quimantú, para armar la revista *Cubro chico*. Estuvo cuatro meses con Armand y Michele Matelart. Un día lo abandonó todo, y se fue al norte, para integrar el grupo Arica.

—Fue el primer signo de que no funcionaba bien—, dice la madre, Elisa Cangulhem.

Provocador y polémico

Provocador y contestatario, se involucraba en sempiternas polémicas, donde "no dejaba titer con cabeza".

A Ignacio Valente le dedicó interminable misiva, como mordaces versos a Raúl Zurita.

Su humor negro provocaba revuelo. El Instituto Goethe, el café Uim, la sala La Capilla y la biblioteca del Museo Vicuña Mackenna fueron escenario de sus actos poéticos.

A veces se imputaron ideas venin. Como en el Encuentro de Arte Joven, donde el poeta se

plató en el recinto repartiendo sus hojas por doquier.

Vate y artesano, diseñaba y pegaba sus collages. La forma hacía un todo con el lenguaje rupturista.

Obtuvo premios y menciones. Su poema *4 tres cientos setenta y cinco* y *un 366 de once* ganó el premio del concurso de poesía de la revista *La Bicicleta*.

Aspiró, sin lograrlo, a integrar el equipo de Antonio de la Fuente, Eduardo Yentzen y Roberto Merino. Pero algunos de sus poemas figuraron en esa publicación.

Al asistir a los funerales de Armando Rubio, se maravilló ante el cortejo. Más tarde, clamaba su ira por la ausencia de ediciones de ese poeta.

A comienzos de diciembre de 1981, declamó en el concurso *Cuánto vale el show*, y se desilusionó al saber que no fue seleccionado en el concurso Gabriela Mistral. Solicitó a su madre que pidiera cita con un psicólogo.

Ella la consiguió con Marco Antonio de la Parra para el día 29.

—Insistí para que fuera antes de Navidad—, recuerda.

El 26 de diciembre de 1981, a las 15.20 horas, se suicidó Rodrigo Lira. El día y la hora de su cumpleaños número 32.



El joven poeta Rodrigo Lira Cangulhem.



Rodrigo Lira en un collage fotográfico.



Los padres de Rodrigo Lira, Elisa Cangulhem y Gabriel Lira, y su Proyecto de Obras Completas

Cachorro
Perdonad la pelada y las chuletas
(esta calva es de tanto más turbarne)

Perdonad las patadas en las canillas.

Soy travieso, lo confieso: perdonadme

El escupo en la escudilla—el vómico—

El arañazo en los ojos: los eructos y

Los gases; el asalto al despojado, la

Avaricia y el despojo al descubierta,

perdonadme

El balazo por la espalda—el mordisco—

Y los insultos, las injurias y calumnias

Venenosas, estas bromas tan pesadas y

Estos chistes tan re' fomes, los estropos

Tranquiloneros, el culatazo en los dientes,

La estocada al moribundo y —además— las

carcajadas.

Soy inocente de todo, mas también soy mentiroso;

pero, en cualquier caso, os imploro:

Perdonadme!

Rodrigo Lira C.

La compañera de siempre

La poetisa Verónica Poblete, dedicó Rodrigo Lira a su compañera de correrías y generación literaria, Verónica Poblete. "Cuando conocí a Rodrigo Lira, yo era una mooca grande de 25 años. Me deslumbré con su nivel intelectual, porque Rodrigo era inteligente, irónico y espinado. Lo encontraba simplemente genial porque podía parafrasear con esa libertad y su tremendo informalismo", recuerda la joven escritora.

La primera imagen que tuvo del poeta fue en el Encuentro de Arte Joven, realizado en el Instituto Cultural de Las Comdes. "Sacó un rollo de papel *confort* que desenrollaba y leía. Me le pegué como lapso".

Cuenta de la soledad del poeta: "Era *caiete*, monotemático, monopolizador del discurso y centro de mesa perdido".

Ultimo de perfeccionista, se embarcaba en polémicas de nunca acabar con los "peces grandes" de los escritores.

Dice que buscaba cariño y pedía atención a gritos, transformándose en un ser ansioso y compulsivo. Sus poemas se convertían en punta de lanza contra la injusticia. También sentía apasionado celo de los tranfudadores y anhelaba el reconocimiento. "Quería ser choacante como puercoespín y suave como un gatto", recuerda Verónica Poblete.



Verónica Poblete, amiga y de la misma generación literaria.